

LA NIÑA DEL
MALABARISTA
y otros relatos

José Manuel Brito



Ediciones Baile del Sol



Apdo. Correos, 133 · 38280 Tegueste. Tenerife. ISLAS CANARIAS
<http://www.bailedelsol.org> – E-Mail: bailesol@idecnet.com

AVISO PARA NAVEGANTES QUE GUSTAN DE
ENCONTRAR EN UN LIBRO DE RELATOS CIERTA
CONDICIÓN *SINE QUA NON* POR LA QUE EN SU
AUSENCIA NO ABORDARÍAN LA LECTURA O,
HABIÉNDOLA INICIADO, LA ABANDONAN POR LA
OMISIÓN DE LA SOLEMNE CLÁUSULA

Desconozco al crítico primero que denunció en una obra la “falta de unidad” y, con mayor razón, cuál sería el lector obediente que hizo ascos a tal libro por no cumplir con la máxima. Tampoco es que vengan al caso los datos. Unidad temática, unidad de forma o tamaño —el tan socorrido equilibrio—, unidad de estilo, unidad de conjunto, unidad uniforme. Pues bien, nada de ello me mueve al agrupamiento de estas historias de variado pelaje y longitud para su publicación. Pero, puestos a buscar, quizá hallaríamos como denominador común la falta de escrúpulos o modestia del autor para dar a la imprenta sus creaciones. Además, unidad evidente, todas y cada una de ellas son carne de mi carne, pues del matrimonio con la Literatura han nacido (*cursi*, creo, pero ahí se queda). También, ya metidos en la tarea, las enlaza el espíritu de su irremediable destino en lo universal (perdón): tal como está el panorama editorial en esto de la narrativa, concediéndole (salvo loables excepciones) el papel estrella a la novela, estos cuentos parecen escritos, aunque no es mi ánimo, para la “inmensa mi-

noría” que dijera el poeta. Y no por la socorrida excusa de la periferia y demás zarandajas... Para qué nos vamos a engañar, siento una envidia —¿sana?— por los creadores de *best sellers*, más por su creciente público (como en el circo: “quinientos mil ejemplares”, “vigésimo sexta edición”, “anunciado en TV”...), que por los réditos de sus seguras fórmulas de éxito. Bueno, está bien, sincerémonos, tampoco vendría mal esa virtud de los elegidos, secretamente soñada por tantos autores “malditos”, ese “vivir del cuento” redentor. Aunque pensándolo mejor, quizá eso de la unidad tenga que ver con las exigencias de la consagración, la obligación y el respeto a las expectativas del público y todo eso... En fin, para tratarse de una nota creo que ya se extiende en demasía y al final, envidias aparte, no sé si he logrado el propósito de aclarar que este libro carece de unidad. Por cierto que, tratándose de un aviso y en honor de la concisión y la honradez, muy bien pudo haberse titulado “Curarse en salud”, pero ya no hay remedio. *Vale*.

El autor

A mi edad es uno sincero forzosamente.

Mentir cansa mucho.

ALBERT CAMUS, *La peste*.

UNA RESPUESTA CASQUIANA

No era la primera vez que mi madre me llevaba al circo, pero sí recuerdo con certeza que era la primera ocasión en que una trapeicista me deslumbraba con sus evoluciones de vértigo bajo la carpa, desde la altura inconmensurable y estrellada del Circo Price. Lo que aún no he olvidado, asociado siempre al recuerdo de Pinito del Oro, es el comentario que mi madre dirigió al señor que nos acompañaba, don Lorenzo Cardoso, el editor al que al menos una vez al año visitábamos en Madrid; el comentario de mamá cuando le pregunté si al apagarse las luces y después de marcharnos todos, la mujer del trapecio seguiría allí arriba, durmiendo, comiendo, viviendo hasta la próxima función, y así por siempre jamás. ‘Hay que ver, don Lorenzo —oí que decía orgullosa y cómplice mi madre—, cada vez me sorprende más la precocidad de estas criaturas: aún no han leído a Kafka y ya lo están inventando’.

Tiempo después, no sé por qué inexplicable asociación de ideas, comencé a preguntar al quiosquero del parque por el tal Kafka, un héroe, imaginé, al estilo de las historietas de la colección Marvel o un bronco protagonista de aquellas novelas del Oeste firmadas por Marcial Lafuente Estefanía que Andrade leía de un tirón durante las clases de francés del *frère* Antoine. Cada domingo la negativa del quiosquero me desanimaba, para infundirme a renglón seguido la sensación de que en la misma espera

hallaba yo una suerte de aventura en el descubrimiento de ese personaje al que mamá se había referido tan misteriosamente, una aventura de búsqueda que con el tiempo dejó en mí un impulso irracional de curiosidad por el que indago rastros de lo más peregrino sobre un autor, un artista, un libro, un músico... Así, mientras aguardaba las novedades de la siguiente semana, a la salida del cine y durante la recreación de la película en las correrías por el parque, yo me hacía llamar Kafka Smithsonian o, si estaba de suerte y era el primero en escoger, me adjudicaba, junto con la estrella plateada de carey, el honorable título de Sheriff Kafka.

Por eso, después de reconocer en las postrimerías ya de la adolescencia al verdadero padre de Gregor Samsa, cuando aún hoy alguien lo cita o me surge su nombre entrañable en una lectura, no puedo evitar escuchar, como una letanía de ábrete sésamo repetida en la oreja enrojada del tiempo, la respuesta del quiosquero durante tantos domingos: '¿Casca? Aún no nos ha llegado, niño; pregunta la semana que viene por el Casca ése'.

GARABATOS

A Paula Nogales

Me desperté con la idea de que no habíamos estado solos en el transcurso de la última incursión al chalé del italiano, el día en que definitivamente acabamos con la colección de discos y los esparcimos por los alrededores del estanque haciéndolos girar como platillos volantes —Imperio Argentina, *La verbena de la paloma* y alguno más moderno de los Beatles traído quizá por el nieto de doña Eloísa en una de sus espaciadas visitas—. Persistía en mí, más viva aún si cabe, la imagen de doña Eloísa en la mecedora, sus ojos mirando al vacío de la habitación, penetrada la estancia por la luz terminal de un domingo de verano mientras cruzábamos el pasillo dirigiéndonos zalemas y amagos de golpes con la pachorra propia de los ladrones impunes, los bolsillos llenos de galletas y bombones rumbo a la última ventana del corredor, la única que se dejaba atrancar sin levantar sospechas de constituir nuestra entrada a la casa cuando su inquilina estaba fuera. O quizá la recordaba de otras veces, cuando mi prima Fela y yo la visitábamos, llevándole cualquier chuchería con el pretexto de acompañarla y el propósito secreto de sonsacarle historias de su vida de puta en El Puerto. Desfilaban entonces ante nuestros ojos fotografías, vestidos, pulseras y collares, cada objeto con el relato de un enamorado, con el recuerdo feliz de un tiempo sin hueco

para la soledad, de placeres que procedían del halago y la admiración incondicionales. Aún quedaban retazos de aquella belleza bajo el maquillaje exagerado y las arrugas; aún podíamos adivinar el brillo juvenil de los ojos en los instantes efímeros en que la vieja fijaba la vista en un recorte de periódico ajado y pronunciaba un nombre de rimbombantes apellidos y concluía, la voz extinguiéndose entre suspiros cada vez menos disimulados, ‘Todo un gobernador civil, sí señor, vivía y nos dejaba vivir; y los cojones que le faltaban en la cama, el pobre, los tenía en el mando, que los tiempos requerían de sus dotes de militar aunque nunca tocara un fusil con aquellas manos tan delicadas, tan de mujer, pero que recorrían mi espalda despertándome escalofríos hasta que llegaban a mis nalgas y se paraban allí indefinidamente...’ Y su silencio era la señal para que mi prima y yo, sin decir nada, nos fuéramos, dejando atrás la soledad habitada del chalé del italiano.

No recuerdo muy bien cuándo tuvimos noticia de que la casa de la loma, alzada en medio de la finca de plataneras y abandonada desde hacía años, estaba de nuevo habitada. En la tienda un día escuché a las mujeres que don Valeriano había traído al chalé a una antigua amante, a una peninsular que había ejercido de ramera en casas de El Puerto. A doña Eloísa nadie la llamó nunca por su nombre a pesar de que mi prima y yo, tras la primera visita, nos empeñamos en darlo a conocer a diestro y siniestro. Pero ella arrostró miradas y comentarios y no renunció a salir de paseo por los alrededores, transitar la vereda de la loma entre las vinagreras improvisando ramos de malvas y verbenas, y llegar hasta la canteira abandonada para disfrutar allí de la sombra de las higueras y el alboroto de los pájaros, la mirada puesta quizá en algún capítulo de su pasado, no el rutinario de su condición de meretriz sino el de dama distinguida por el cónsul que se hacía acompañar toda la noche, cena de gala incluida, para acabar ambos brindado con las primeras luces del día dentro de un lujoso Pontiac del 37 sin distintivos estacionado en la escollera, el chófer ausente y la voz